

## ARTISTA Y CAPITALISMO

Roger Bernat. El Mundo, 14/11/08

**De repente, sin que apenas nadie lo haya notado, el teatro se ha colocado en el centro de la creación contemporánea actual. Los artistas plásticos se vuelven hacia lo performativo con la ilusión de apartarse de la espiral especuladora en la que se embarcó el mundo del arte desde principios de los años 80.**

El artista se había convertido en las últimas décadas en el pilar del capitalismo. Un sistema que necesitaba producir aceleradamente para incrementar la riqueza a un ritmo superior al índice de natalidad ya no necesitaba buenos técnicos que inventaran nuevos e imprescindibles cacharros, ya no bastaba con construir tantas viviendas como turistas hubiera en la costa, se necesitaba a personajes creativos que fueran capaces de vender lo inútil sin más. Ese era el artista. Así es como en los últimos años la producción de lo nuevo ha pasado de los museos y galerías al mercado en general. Creadores incontinentes de todo tipo se subieron al tren de la sobreproducción para acelerar el ritmo de crecimiento de los últimos años. Sin embargo, el artista contemporáneo olvidó que ya no se estaba dirigiendo al público sino a un mercado especulativo en el que nadie deseaba poseer nada sino venderlo para enriquecerse.

El mercado de inutilidades se había incrementado exponencialmente en los últimos decenios hasta el punto que el propio trabajo se había hecho tan intenso como innecesario. La imagen del artista produciendo febrilmente en su taller ajeno a lo que ocurría en el exterior era el paradigma de la producción industrializada pero en la etapa posterior en la que estamos el capitalismo se sustenta en el retrato del artista del siglo XXI que hace “proyectos” que otros realizan, un vendedor de ideas o incluso un simple mercader que compra ropa punk de los 70 a 10.000 libras y la revende en Sotheby’s por 100.000.

En este contexto era inevitable que una parte del mundo artístico se hartara de trabajar para esa nada y viera en el teatro un espacio tan genuino como marginal. Relegado durante décadas a los espacios que las instituciones mantienen abiertos para esas minorías empeñadas en mantener en vida aficiones tan anacrónicas como el macramé o la numismática, el teatro se mantuvo en ese margen nunca suficientemente “artístico” pero sin embargo ligado a un fiel y pequeño público.

Ya las segundas vanguardias vivieron un acercamiento a la escena, al tiempo que la escena se hacía más artística. En esos tiempos en los que también se percibía lo teatral como una disciplina de otro tiempo, se optó por hablar de teatro usando otros términos. Se lo llamó *happening*, *performance* y más tarde *live arts* o *artes performativas* por la vergüenza que producía llamar a lo que se estaba haciendo “teatro”, que sonaba tan rancio. Sin embargo su filiación era ineludible tal y como lo demostraba el camino inverso tomado por algunas compañías teatrales que abandonaron progresivamente la representación para orquestar acciones en las que la vivencia compartida con el espectador era de espíritu emancipador como en tantas *performances* de la época.

40 años más tarde se renueva el interés por el teatro. Las artes performativas nunca pudieron subirse al tren de la especulación porque no había nada que ir pasándose de unas manos a otras. El teatro sólo tenía sentido como experiencia compartida, no como objeto de consumo. Así es como, con un gesto parecido al de los accionistas vieneses, una parte de la creación contemporánea se aparta de los objetos y empieza a producir experiencias para reencontrarse con un público que haga necesaria la obra. Se vuelve a perseguir el conflicto como espacio de diálogo en un momento en que todo enfrentamiento ideológico es proscrito de la vida pública. Algunos artistas encuentran en el escenario un laboratorio donde lo “expresivo” y “personal” ha dejado paso a un espacio de socialización donde el arte está llamado a generar conflictos y activar paradojas.

Habrá que ver si los teatros son capaces de abandonar el macramé y toman la responsabilidad que les otorga la centralidad en que se encuentran para convertirse en los “espacios de asamblea permanente” para lo que fueron contruidos.